

Y SUCEDE, A VECES

Que te vistes,
te calzas,
te arropas,
te cubres con mantas,
te enmochilas,
te ensombreras,
te encobijas.

Y sucede que te subes a mis hombros;
me cubres los ojos con las manos,
y me pides que te cruce el río.
Y sucede, cuando estoy en el medio
-y me aprietas me enrodillas la cabeza me aprisionas las orejas y las sienes-,
que me asalta la idea súbita,
pequeño gran deseo,
de inclinarme,
hacia la izquierda o la derecha,
brusca y llanamente,
para que las aguas cubran
-eterno fin principio-,
el sobrepeso de tu peso.

Pero sucede también que el ahogo me domina el cuerpo,
y lo único que busco es el término inmediato de la asfixia;
corro entonces,
sin ladearme,
hasta que el agua me devuelva el cielo.
Y sucede que una vez afuera,
te enojas,
me reprochas,
te ensombreces;
sacas la furia-diente, la indignación-colmillo,
y me dices que te he salpicado la borla del sombrero.